

Escocia, ó navegando directamente desde la Irlanda á la Mancha.

Espedidas todas estas órdenes desde el mismo Boloña, donde á la sazón estaba Napoleon, quiso aprovechar el tiempo que quedaba todavía hasta el invierno, para poner en claro los negocios del continente, y así, dirigiendo la conducta de Mr. de Talleyrand por medio de una correspondencia diaria, le prescribía la senda diplomática que podía conducir á su objeto.

Sin duda se tendrá presente la irreflexiva nota del gabinete ruso con motivo de la violacion del territorio germánico y la respuesta amarga del gabinete francés. El jóven Alejandro estaba intimamente resentido por esta respuesta, y reconoció, demasiado tarde, que su advenimiento al trono le privaba del derecho de dar tan altivas lecciones de moral á los demás gobiernos, así es, que se sentia humillado y aterrado, pues dotada el alma de Alejandro de mas viveza que energía se adelantaba voluntariamente para retroceder despues tambien voluntariamente cuando habia reconocido el peligro. Sin consultar á sus ministros adoptó el luto por la muerte del duque de Enghien, y del mismo modo á pesar de la opinion de una parte de ellos, envió á Ratisbona la nota que ya hemos mencionado. Sin embargo, costábales mucho trabajo hacerle perseverar en sus primeras resoluciones. La gente ilustrada de San Petersburgo conocian, despues de pasada la primera emocion, que se habian conducido con demasiada ligereza en el asunto del duque de Enghien, atribuyendo la falta á los jóvenes que gobernaban el imperio, y mas que á todos al prin-

cipe Czartoryski porque era polaco y desempeñaba el ministerio de negocios estrangeros, desde que el canceller Woronzoff se retiró á sus posesiones del campo. Sin embargo, nada habia mas injusto que hacer recaer este juicio en el príncipe Czartoryski, porque así como fué uno de los que con mas fuerza se opusieron á las precipitaciones de la corte, así tambien deseaba que se saliese con dignidad del mal paso que se habia dado, y por lo mismo ordenó á Mr. de Oubril, encargado de negocios en París, que se quejase en una nota enérgica al par que moderada, de la afectacion que habia empleado el gabinete francés en sacar á plaza ciertos recuerdos, y que al mismo tiempo que manifestase disposiciones pacíficas exigiese una respuesta sobre los tres ó cuatro puntos que habian dado origen á las reclamaciones del gobierno ruso, es decir, la ocupacion de Nápoles, la indemnizacion demasiado diferida del rey del Piamonte y la invasion de Hannover. Mr. de Oubril tenia orden de darse por satisfecho con solo recibir una esplicacion especiosa sobre estos puntos y permanecer en París; pero debia pedir sus pasaportes si se observaba con él un silencio obstinado y despreciativo.

La Prusia, que segun una espresion de Napoleon, se movia sin cesar entre los dos gigantes, informada del estado del gabinete ruso se lo participó á Mr. de Talleyrand por conducto de su ministro Luchesini y le dijo:—Diferid la respuesta todo lo posible; luego dadla de modo que proporcione á la Rusia una satisfaccion aparente, y esta tempestad del Norte, con la cual se trata de aterrará la Europa se calmará indudablemente.

Habiendo llegado á París estas diferentes comunicaciones mientras Napoleón estaba en Boloña, recurrió Mr. de Talleyrand á la política dilatoria, en la cual se habia visto que sobresalia, y Napoleón se prestó á ella con gusto, pues ni buscaba la guerra con el continente, ni la temia tampoco, y preferia acabar con la Europa por medio de una expedición directa contra la Inglaterra; así es que mientras Mr. de Oubril esperaba en París, él continuaba sus operaciones en Boloña. Mr. de Talleyrand por su parte no dió mucha importancia á la nota rusa, habiendo tomado al pié de la letra el consejo de la Prusia, y creyó que fácilmente podria salirse del paso con continuas dilaciones. Mr. de Oubril esperó todo el mes de agosto, hasta que al fin exigió una respuesta cualquiera, y cansado Napoleón de las exigencias de Mr. de Oubril, y dispuesto por otra parte á esplicarse categóricamente con las potencias del continente desde la entrada de Mr. Pitt en el ministerio, quiso que se respondiera, y al efecto escribió por su mano el modelo de la nota que debia pasarse á Mr. de Oubril, cuyo fondo y forma dulcificó cuanto pudo Mr. de Talleyrand como tenia de costumbre, pues tal como Napoleón la habia remitido estaba muy lejos de salvar la dignidad del gabinete ruso, desgraciadamente comprometida.

Esta nota manifestaba los cargos que se habian hecho á la Francia y los que se debian hacer á la Rusia. La Rusia, decíase, no deberia haber tenido tropas en Corfú, y sin embargo las aumentaba diariamente. Habia debido rehusar toda clase de favores á los enemigos de la Francia, y no solo no se limitaba á dar asilo á los emigrados,

sino que les conferia además destinos públicos en las córtes estrangeras, lo cual era una violación positiva del último tratado; además de esto los agentes rusos se manifestaban hostiles en todas partes, y tal estado de cosas excluia toda intimidad y hacia imposible el concierto convenido entre las dos córtes para conducir los negocios de Italia y Alemania. En cuanto á la ocupación del Hannover y de Nápoles, habia sido una consecuencia forzosa de la guerra. Si la Rusia se comprometia á hacer que los ingleses evacuasen la isla de Malta, con lo cual desapareceria la causa de la guerra, los países ocupados por la Francia quedarian libres de ella inmediatamente; pero perjudicar á la Francia, sin perjudicar lo mismo á la Inglaterra, no era justo ni conveniente. Para constituirse árbitro entre las dos potencias beligerantes y juzgar no solo el fondo de la lucha, sino los medios empleados para evitarla, era necesario ser árbitro imparcial y firme, que era el único que la Francia estaba decidida á aceptar. Si se proponia la guerra, todo estaba dispuesto para ella, porque, sin contar otras causas, las últimas campañas de los rusos en Occidente no les autorizaban para permitirse con la Francia un tono tan altivo como el que parecian adoptar últimamente: y que era necesario tener bien entendido que el emperador de los franceses no era el emperador de los turcos ó de los persas. Si por el contrario se deseaba entrar en mejores relaciones con él, estaba dispuesto á ello; y entonces seguramente no rehusaria hacer lo que habia prometido, particularmente con respecto al rey de Cerdeña; pero en el actual estado de relaciones no

se conseguiria nada de él, porque la amenaza era el medio menos eficaz de todos cuantos hubieran podido elegir.

Tan orgullosa nota no dejaba á Mr. Oubril pretesto alguno para darse por satisfecho, y esta debia ser la consecuencia de las ligerezas de su gabinete que ya queriendo en el asunto de Nápoles y Hannover constituirse juez de los medios de guerra empleados por las potencias beligerantes, ya mezclándose en un acto interior como fué la muerte del duque de Enghien, se espuso á recibir sobre todos los puntos que trataba respuestas desagradables. Mr. de Oubril consultando sus instrucciones, creyó deber pedir sus pasaportes; mas para observarlas con toda puntualidad, añadió que su salida era una sencilla interrupcion de las relaciones diplomáticas entre las dos córtes, pero no una declaracion de guerra; que puesto que las relaciones nada tenían de útil ni agradable, no habia razon para continuarlas; que por lo demás, la Rusia no pensaba en recurrir á las armas, y que el gabinete francés decidiria por la conducta futura, si tocaba á la guerra continuar aquella interrupcion de relaciones.

Despues de esta declaracion fria, y sin embargo pacífica, Mr. de Oubril salió de Paris, y se transmitió tambien á Mr. de Rayneval, encargado de negocios en Petersburgo, la orden de volver á Francia. El embajador ruso salió á fines de agosto, y se detuvo algunos dias en Maguncia, para esperar la noticia de haber salido libre Mr. de Rayneval.

Era evidente que la Rusia, tratando de manifestar su descontento por la interrupcion de sus

relaciones con la Francia, no haria sin embargo la guerra hasta que llegara el caso de que una nueva coalicion europea le ofreciese una ocasion ventajosa, y juzgando Napoleon que esto dependia del Austria, quiso someter á esta nacion á una fuerte prueba para saber á que debia atenerse antes de entregarse del todo á sus proyectos marítimos, la cual consistia en exigirle perentoriamente el reconocimiento del título imperial que habia tomado, y que se hacia esperar demasiado tiempo. Su proyecto de visitar las orillas del Rhin iba á conducirlo dentro de poco á Aix-la-Chapelle, y por lo tanto, exigió que Mr. de Cobentzel viniese á rendirle homenaje, y á entregarle sus credenciales en la misma ciudad, en que los emperadores germánicos tenían costumbre de ceñirse la corona de Carlo-Magno. Declaró que sino se le satisfacía con respecto á esto, Mr. de Champagny, nombrado ministro del interior en reemplazo de Mr. Chaptal, que habia pasado al Senado, no tendria sucesor en Viena, y que una retirada de embajadores entre potencias tan inmediatas como el Austria y la Francia, no tendria tan pacíficos resultados como entre la Francia y la Rusia. Por último, quiso que la nota rusa, ya recogida de Ratisbona por un aplazamiento, fuese definitivamente desechada, ó de lo contrario declaró de nuevo que dirigiria á la Dieta una respuesta, que produciria inevitablemente la guerra.

Hecho todo esto, salió Napoleon de Boloña, donde habia permanecido mes y medio, y se dirigió á los departamentos del Rhin. Antes de salir tuvo proporcion de asistir á un combate de la

escuadrilla contra la division inglesa. El 26 de agosto (8 de fructidor, año XII), á las dos y media, estaba él en la bahía pasando revista en su bote á la línea de emboscada, compuesta como de costumbre de ciento cincuenta á doscientas lanchas cañoneras y peniches. La escuadra inglesa, estacionada en alta mar, tenia la fuerza de dos navios, dos fragatas, siete corbetas, seis bergantines, dos lugres y un costero, que ascendian en todo á veinte velas. Destacándose una corbeta del grueso de la division enemiga vino á colocarse al extremo de la línea francesa de emboscada, para observarle y enviarle algunas andanadas. El almirante entonces dió orden á la primera division de cañoneras, mandada por el capitán Leray de levar el ancla y dirigirse en masa sobre la corbeta. En vista de esto, los ingleses formaron un destacamento compuesto de una fragata, muchas corbetas ó bergantines, y el costero, para obligar á las cañoneras á replegarse unas contra otras, é impedirles volver á tomar su posicion usual. El emperador que estaba en su canoa con el almirante Bruix, los ministros de la guerra y de marina y muchos mariscales, se dirigió al medio de las lanchas que combatian, y para darles ejemplo hizo poner la proa hácia la fragata que se adelantaba á todas las velas. Sabia que los soldados y marineros admiradores de su audacia en tierra, se preguntaban algunas veces si seria tan atrevido en la mar, y por lo mismo quiso darles una prueba, y acostumarlos á despreciar temerariamente los grandes buques del enemigo. Hizo, pues, dirigir su canoa muy al frente de la línea francesa, y lo

mas cerca posible de la fragata, la cual viendo el bote imperial tan empavesado, y suponiendo acaso la preciosa carga que llevaba, reservó sus fuegos. El ministro de marina, temblando por el emperador las consecuencias que podia tener semejante bravata, quiso echar mano al timon para variar el rumbo; pero una imperiosa seña de Napoleon detuvo el movimiento del ministro y siguieron marchando hácia la fragata. Observábala Napoleon con su anteojo en la mano, cuando de repente descargó la andanada que habia reservado, y cubrió con sus proyectiles el bote que llevaba á *César y su fortuna*. Nadie salió herido ni les causó ningun otro daño la rociada de proyectiles. Todas las embarcaciones francesas, testigos de esta escena, se adelantaron con la rapidez posible para sostener el fuego y cubrir la canoa del emperador adelantándose á ella; de modo, que asaltada á su vez la division inglesa por una nube de balas y metralla empezó á retroceder poco á poco. Ibasele en seguimiento, pero volvió de nuevo, descargando una andanada sobre la parte de tierra, en cuyo intervalo levó el ancla una segunda division de lanchas, mandadas por el capitán Pevrieu, y se dirigió hácia el enemigo. Pronto se vió obligado á tomar el alta mar la corbeta maltratada y pudiendo apenas maniobrar, cuyo movimiento de retirada siguieron las corbetas, algunas muy averiadas, y el costero de tal manera acribillado, que se fué á pique á presencia de todos.

Napoleon salió de Boloña muy encantado del combate á que habia asistido, con tanta mayor razon cuanto que los informes secretos procedentes

de la costa de Inglaterra, le daban los pormenores mas satisfactorios sobre el efecto material y moral que habia producido. Los franceses no tuvieron mas que un hombre muerto y siete heridos, uno de ellos mortalmente, mientras que los ingleses, segun los informes dirigidos á Napoleon, tuvieron doce ó quince hombres muertos, y sesenta heridos, habiendo sufrido mucho sus embarcaciones. Los oficiales ingleses quedaron sorprendidos del aspecto de los pequeños buques franceses y de la prontitud y acierto de sus fuegos. Era evidente que si las lanchas debian temer á los navíos á causa de su volúmen, tenian tambien una fuerza que oponerles, y una multiplicidad de fuegos muy terribles (1).

Napoleon atravesó la Bélgica, visitó á Mons, Valenciennes, y llegó el 3 de setiembre á Aix-la-Chapelle. La emperatriz que habia ido á tomar las aguas de Plombieres, durante la permanencia de Napoleon en las orillas del Océano, habia ido á reunirse á él para asistir á las funciones que se

(1) Napoleon escribia al mariscal Sault;

AIX-LA-CHAPELLE 8 de setiembre de 1804.

El pequeño combate á que asistí la vispera de mi salida de Boloña, ha hecho un efecto inmenso en Inglaterra. Ha producido una verdadera alarma. Ya vereis sobre este punto varios pormenores, traducidos de las gacetas, sumamente curiosos. Los obuses que llevan las lanchas cañoneras, han producido muy buen efecto. Por las noticias particulares que tengo, el enemigo ha tenido sesenta heridos, y doce ó quince hombres muertos. La fragata quedó muy maltratada.

(Depósito de la secretaria de estado).

preparaban en las provincias rhenanas. Mr. de Talleyrand y otros muchos dignatarios y ministros hallábanse allí igualmente, y Mr. de Cobentzel fué puntual á la cita que se le dió, pues el emperador Francisco, conociendo el inconveniente de mayores dilaciones, tomó el 10 de agosto, en ceremonia solemne, el titulo imperial conferido á su casa, y se calificó emperador *electo* de Alemania, emperador *hereditario* de Austria, rey de Bohemia y de Hungría, archiduque de Austria, duque de Stiria &c., y en seguida dió orden á Mr. de Cobentzel, para que fuese á Aix-la-Chapelle y entregase al emperador Napoleon sus credenciales. A esta circunstancia á que daba mayor importancia el sitio en que sucedía, se unió la promesa formal y sincera en aquel momento de querer vivir en paz con la Francia, y de no tener en cuenta para nada la nota rusa á Ratisbona, como deseaba Napoleon. En efecto, aquella nota acababa de ser inutilizada por un aplazamiento indefinido.

El emperador de los franceses dió muy buena acogida á Mr. de Cobentzel, y le hizo tambien las mas pacíficas declaraciones. Con Mr. de Cobentzel, se presentaron Mr. Souza, portador del agrado del Portugal, el bailio de Fewette, el de la orden de Malta, y una porcion de ministros extranjeros, que sabiendo cuanto agradaria su presencia en Aix-la-Chapelle, imaginaron la lisonja de pedir trasladarse á este punto, donde fueron recibidos con grande entusiasmo y con la gracia que saben hallar siempre los soberanos satisfechos. Esta reunion fué brillante sobre todo por el concurso de extranjeros y franceses, por la ostentacion del lujo y la pompa militar. Los re-

cuerdos de Carlo-Magno, se despertaron allí con una intencion poco disimulada. Napoleon bajó á la bóveda donde estaba sepultado el grande hombre de la edad media, visitó con minuciosidad sus reliquias, y dió al clero brillantes pruebas de su munificencia. Apenas salió de estas funciones, volvió á sus graves ocupaciones, y recorrió todo el pais comprendido entre el Mosa y el Rhin, Juliers, Wenloo, Colonia y Coblenza, inspeccionando á un tiempo los caminos y las fortificacioaes, rectificando por do quiera los proyectos de sus ingenieros, con aquella seguridad de golpe de vista, aquella profunda esperiencia que le era dada á él solo, y dió orden para comenzar otros trabajos nuevos que debian hacer invencible aquella parte de las fronteras del Rhin.

En Maguncia, á donde llegó á fines de setiembre (principios del año XIII), le esperaban nuevas pompas, pues todos los príncipes alemanes cuyos estados estaban en las cercanías, y que tenían interés en captarse la voluntad de su poderoso vecino, acudieron á presentarle sus felicitaciones y homenajes, no por medio de intermediarios sino en persona. El príncipe archi-canciller, que debía á la Francia la conservacion de su título y su opulencia, quiso rendir homenaje á Napoleon en Maguncia, su antigua capital. Con él se presentaron los príncipes de la casa de Hesse, el duque y la duquesa de Baviera y el respetable elector de Baden, que era el príncipe mas antiguo de Europa, y habia venido con su hijo y su nieto. Estos y otros personajes que acudieron á Maguncia, fueron recibidos con una magnificencia mucho mas superior que la que hubieran podido encontrar en el

mismo Viena. Asombrábanse al ver la facilidad con que el soldado coronado habia tomado la actitud de un soberano, lo cual se esplica considerando que habia mandado hombres desde muy temprano, no en nombre de un vano título, sino en el de su carácter, su genio y su espada, y que aquel mando fué un aprendizaje muy superior al que se puede hacer en las córtes.

Los festejos que se celebraron en Aix-la-Chapelle se renovaron en Maguncia en presencia de los franceses y alemanes que habian acudido á contemplar mas de cerca el espectáculo que escitaba en aquel momento la curiosidad de la Europa entera. Napoleon convidó á las funciones de su coronacion á la mayor parte de los príncipes que habian ido á visitarle y en medio de aquel tumulto, evitando todas las mañanas las vanidades del trono, recorria las orillas del Rhin y examinaba en todas sus partes la plaza de Maguncia, que consideraba como la mas importante del continente, no tanto por sus fortificaciones cuanto por su posicion á orillas del gran rio, en cuya longitud hace diez años que lucha la Europa contra la Francia, y mandaba los trabajos que debian darle la fuerza de que es susceptible. La vista de la plaza le inspiró una precaucion sumamente útil, en la cual nadie habiera pensado, á no hallarse en su mismo caso. Los tratados últimos determinaban la demolicion de los fuertes de Cassel y de Kehl, de los cuales forma el primero la desembocadura de Maguncia, y el segundo la de Strasburgo sobre la orilla derecha del Rhin. Ambas plazas perdian seguramente su importancia sin estas dos cabezas de puente, que les servian de medios de defensa y de comunicacion

con la orilla opuesta. Mandó por consiguiente el emperador reunir las maderas y materiales de toda clase necesarios para emprender los trabajos con premura, así como quince mil palas y azadones, para que ocho ó diez mil operarios apartasen los escombros de las obras destruidas, pues decia á los ingenieros que la falta de herramientas les haria perder ocho dias. Al mismo tiempo arregló sus disposiciones, de modo que comenzasen los trabajos á la primera órden que se comunicase por medio del telégrafo.

Despues de haberse detenido Napoleon en Maguncia y en los nuevos departamentos todo el tiempo que juzgó necesario para sus proyectos, partió para París, visitó de paso á Luxemburgo, y llegó á Saint-Cloud el 12 de octubre de 1804. (20 de vendimiario del año VIII).

Habiale lisongeado un instante la idea de ofrecer á la Francia y á la Europa un espectáculo extraordinario, atravesando el estrecho de Calais con ciento cincuenta mil hombres y volviendo á París soberano del mundo, pero la Providencia que le reservaba inmensa gloria, no le permitió esclarecer con aquel esplendor su reinado. Quedábale otro medio de entusiasmar los ánimos, y consistia en hacer que el papa abandonase su trono pontifical y acudiese á París para bendecir su cetro y su corona, pues con este paso ganaba una gran victoria moral contra los enemigos de la Francia y no dudaba conseguirla. Todo se preparaba para su coronacion, á la cual habia invitado á las principales autoridades del Imperio, á numerosas diputaciones de los ejércitos de mar y tierra, y á gran multitud de estrangeros. Muchos

miles de operarios trabajaban en los aprestos de la ceremonia en la Basilica de Nuestra Señora, y habiendo circulado la noticia de la llegada del papa, se alarmó la opinion pública, alegróse la parte devota de la poblacion, se contristaron los emigrados y se sorprendió la Europa justamente celosa por aquel suceso. El asunto se ventiló en donde se ventilaban á la sazón todos los negocios, es decir, en el Consejo de estado. Habíanse reproducido en este cuerpo, completamente libre en la emision de las opiniones, las dificultades suscitadas por el concordato, aunque con mucha mayor fuerza, al solo pensamiento de someter en cierto modo la coronacion del nuevo monarca al gefe de la iglesia. Acababa de despertarse repentinamente esta repugnancia tan antigua en Francia, aun entre los hombres más timoratos, contra la dominacion ultramontana, pues decian que aquello era resucitar todas las pretensiones del clero, proclamar una religion dominante, y hacer creer que el nuevo emperador recibia la corona, no por el voto de la nacion y por los triunfos de sus armas, sino por la voluntad del soberano pontífice, suposicion peligrosa, porque el mismo que daba una corona la podia tambien retirar.

Importunado Napoleon con tantas objeciones sobre una ceremonia que debia convertirse en un verdadero triunfo obtenido contra la maledicencia europea, tomó la palabra, espuso las ventajas de la presencia del papa en tan imponente solemnidad, el efecto que produciria en las poblaciones religiosas y en el mundo entero y la fuerza que iba á comunicar al nuevo órden de cosas, en cuya conservacion estaban igualmente interesa-

dos todos los hombres de la Revolucion: demostró así mismo la insignificancia del peligro atribuido á la circunstancia de que un pontífice supremo consagrarse la frente de un monarca, sostuvo que las pretensiones de un Gregorio VII no eran ya de la época, que la ceremonia en cuestion solo suponía una súplica dirigida al cielo en favor de la nueva dinastía, invocacion practicada bajo las formas regulares del culto mas antiguo, mas general y mas popular en Francia, que sin pompa religiosa no hay verdadera pompa, particularmente en los países católicos, y que en caso de que figurasen sacerdotes en la coronacion, convenia que fuesen los mas grandes, los mas calificados, y si era posible, el superior á todos, es decir, el papa. Rechazando por último á sus contrincantes, como rechazaba en la guerra á sus enemigos, esto es, á todo trance, acabó la discusion con este golpe contundente:—Señores, deliberamos en París y en las Tullerías: supongamos ahora que deliberásemos en Lóndres, en el gabinete británico, que fuéseis vosotros ministros del rey de Inglaterra y que os noticiasen que el papa pasaba los Alpes para consagrar al emperador de los franceses, ¿consideraríais esto como un triunfo para la Inglaterra ó para la Francia?—Al oír esta pregunta tan arrebatadora y al mismo tiempo tan justa todos callaron, y el viage del papa á Paris no volvió á experimentar la menor oposicion.

Peró no consistía todo en querer que se realizase este viage; era necesario obtenerlo de la corte de Roma y esto era en alto grado difícil. El conseguirlo requería mucho arte, mucha firmeza y la conveniente dosis de dulzura, por lo que el

cardenal Fesch, embajador de Francia, irascible por carácter, orgulloso y duro, era mucho menos apropósito para el caso que su predecesor Mr. Cacault. Esta es la ocasion de dar á conocer á un personage que representó un papel muy importante en la iglesia y en el imperio. El cardenal Fesch, grueso de cuerpo, de mediana talla, escaso de talento, vano, ambicioso, arrebatado, pero firme, estaba destinado á servir de grande obstáculo á Napoleon. Durante el régimen del terror habia abandonado como otros muchos, las insignias sacerdotales, y con las insignias las obligaciones de su ministerio. Llegó despues á ser comisario de guerra en el ejército de Italia, y nadie al ver como se conducía, hubiera sospechado que habia sido en otro tiempo un ministro del culto, pero cuando Napoleon, volviendo las cosas á su anterior estado, llamó á los sacerdotes á sus respectivos altares, el cardenal Fesch trató de introducirse en su primer estado y en procurarse las ventajas que su influyente parentesco le daba derecho á esperar. Napoleon no quiso colocarle, sino con la precisa condicion de que observase en lo sucesivo una conducta edificante, y el abate Fesch, con una firmeza de voluntad extraordinaria, mudó de costumbres, ocultó su vida pasada, y dió en un seminario el espectáculo de una penitencia egemplar. Encumbrado al arzobispado de Leon que habia reservado para él, revestido de la púrpura cardenalicia, se mostró desde luego, no como apoyo de Napoleon, sino como su antagonista en la iglesia.

Napoleon se ocupó mucho con el sábio Portalis de aquella ingratitud y éste le aconsejó que lo



enviase á Roma de embajador para desembarazarse de él. Tal fué el motivo que tuvo Napoleon para acreditar al cardenal Fesch cerca de la Santa Sede, y no lo hizo porque desease que algun día pudiese alcanzar el báculo de la iglesia, porque esto de ningun modo hubiera sido de su gusto.

Hé aquí el personage que debia negociar el viage de Pio VII á Paris.

Desde que este supo por el correo extraordinario del cardenal Caprara los deseos de Napoleon se hallaba combatido por sentimientos contrarios. Conocia que habia llegado el momento de servir eficazmente á la religion, y tal vez el de volver á adquirir las provincias arrancadas al patrimonio de San Pedro. ¡Pero á cuántos percances se esponia! ¡Cuánto iba á murmurarse en Europa! ¡Cuántos disgustos le esperaban en aquella capital revolucionaria, infectada por el espíritu de los filósofos, llena de partidarios suyos y habitada por el pueblo mas burlon del universo! Ofreciéndose á la imaginacion del pontífice todas estas dificultades, le turbaron de tal modo, que se resintió no poco su salud. Su ministro, su consejero favorito, el cardenal secretario de estado Consalvi, llegó á ser el confidente de sus agitaciones (1). Le comunicó sus inquietudes, escuchó las del cardenal, y pronto se pusieron los dos de acuerdo. Temian lo que diria el mundo acerca de la

(1) No supongo aquí intencion alguna, ni la imagino. Lo que sigue está fielmente extractado de la correspondencia secreta del cardenal Consalvi con el cardenal Caprara, correspondencia que posee hoy la Francia.

consagracion de un príncipe ilegítimo, de un usurpador, como cierto partido calificaba á Napoleon, recelaban el descontento de las córtes, y sobre todo el de la de Viena, que veia con disgusto elevarse un nuevo emperador de Occidente, figurábanse en el partido del antiguo régimen un desencadenamiento mayor que el que habia estallado en la época del concordato, y mucho mas motivado, porque el interés de la religion era menos evidente que el interés del hombre. Sospechábase tambien que hallándose ya el papa en Francia, le exigiesen acerca de la religion alguna cosa imprevista, inadmisible, lo cual daria ocasion y pretesto para embrollar mas y mas los negocios. No temian á la verdad un acto de violencia como la detencion de Pio VI en Valencia, pero tenian miedo de que sobreviniesen escenas estrañas y pavorosas. Es cierto que el cardenal Consalvi, que habia estado en Paris cuando el concordato, y el cardenal Caprara que vivia en esta capital, tenian acerca de Napoleon otras ideas diferentes de las que reinaban en aquella corte de viejos sacerdotes, quienes miraban á Paris como una cueva, en que se ocultaba un terrible gigante. El cardenal Caprara en particular decia á cada paso, que aunque Napoleon se mostraba imperioso y alborotado, tambien era muy amable y condescendiente cuando no herian su amor propio; que el papa se alegraria mucho al tratarle; que obtendria de él cuanto quisiese para la religion y para la iglesia; que aquel era el momento de partir, porque la guerra solo esperaba alguna crisis decisiva; que habria aun vencidos y un vencedor, nuevas distribuciones de territo-

rios, y que acaso conseguiria el papa las Legaciones; que nada habia prometido pero que la intencion de Napoleon no era otra, y que solo necesitaba éste una circunstancia cualquiera para realizarla. Estas imágenes calmaban algun tanto al desgraciado pontifice, pero París, la terrible capital de aquella revolucion francesa, que habia devorado reyes, reinas y sacerdotes, era para él un indefinible objeto de terror.

En seguida le asaltaban contrarias aprensiones. Sin duda la Europa hablaria mal del viage á París, pero si este no se verificase ¿qué seria de la religion y de la Santa Sede? Todos los estados de Italia estaban sometidos á Napoleon. El Piamonte, la Lombardia, la Toscana y el mismo Nápoles, á pesar de la proteccion rusa, tenian guarniciones francesas, y solo se esceptuaba de esta regla el estado romano por consideraciones á la Santa Sede. ¿Qué no haria Napoleon irritado, herido en su orgullo por una negativa que se sabia en Europa y que pasaria por una condenacion de sus derechos, emanada de la Santa Sede? Todas estas ideas contradictorias formaban en el ánimo del papa y en el del secretario Consalvi un flujo y reflujo, aunque este último, como que habia visto las cosas de cerca, estaba menos agitado.

Esperaban los dos sin embargo recibir de París instancias que probablemente no se prestarian á una negativa y querian tener por suyo el sacro colegio. No osaban consultarle en conjunto, porque en su seno habia cardenales ligados á las córtes estrangeras, quienes acaso harian traicion al secreto. Eligieron pues diez individuos

influyentes de la congregacion y les revelaron, bajo secreto de confesion, las comunicaciones de los cardenales Caprara y Fesch. Aquellos individuos se encontraron por desgracia divididos y todo hacia sospechar que lo mismo sucederia en el sacro colegio, y en aquel caso recurrieron á otros diez, lo que completaba ya el número de veinte, y esta consulta secreta dió el siguiente resultado: cinco cardenales se opusieron decididamente á la exigencia de Napoleon, y quince le fueron favorables aunque con condiciones y dificultades, pero entre los cinco que votaron en contra, solo dos dieron por excusa la ilegitimidad del soberano, á quien se trataba de coronar. Los cinco dijeron que esto era aprobar todo lo que el nuevo monarca habia hecho contra la religion, porque si habia dado el concordato, suyos eran tambien los artículos orgánicos, y quitó, cuando era general, las Legaciones á la Santa Sede, que últimamente habia contribuido á despojar á la iglesia alemana de sus bienes, y que si queria ser tratado como Carlo-Magno, debia imitar á este emperador.

Los quince cardenales dispuestos á consentir en el viage con condiciones restrictivas opusieron á lo dicho la opinion y el descontento de las córtes de Europa, el inconveniente para la dignidad del papa, de que este fuese á París á consagrar al emperador, al paso que los emperadores del Santo Imperio habian ido siempre á consagrarse á Roma, el disgusto de encontrarse con los obispos constitucionales que habian adjurado completamente, ó que despues de este paso, habian suscitado nuevas controversias, la falsa